

De cómo el uso del lenguaje puede convertir en acientífico un descubrimiento científico (y no pasa nada)

Luis Montiel*

Escribo estas líneas a vuelapluma con la intención de no invertir más tiempo del necesario en hacer ver algo que considero importante; algo que, con aún mayor rapidez, queda dicho en el título.

Hoy, lunes, cuatro de abril de dos mil dieciséis, leo en una de las noticias recogidas por *Madri+d* en su *Notiweb* las siguientes frases, cuyos términos más problemáticos me permito resaltar:

Contrariamente a los humanos y otros mamíferos, las salamandras no pueden quedarse tuertas, ni mancas, ni cojas. Gracias a una excepcional **habilidad**, son capaces de regenerar una y otra vez hasta su cerebro, corazón y médula espinal, una **destreza** que ni siquiera pierden cuando llegan a la edad adulta.

Imagina perder un ojo o un brazo. Tu cuerpo reaccionaría cerrando la herida con una cicatriz y un muñón, como ocurre con otros mamíferos, pero en ningún caso, el miembro perdido se regeneraría. Esto solo lo logran las salamandras y los tritones (familia *Salamandridae*), que **han desarrollado estrategias** únicas que les permiten regenerar una y otra vez los tejidos perdidos, incluso en edad adulta.

Ningún otro animal puede igualar sus **habilidades** regenerativas en extremidades, cola y médula espinal, partes del ojo (retina y lentes), cerebro, corazón y mandíbula, sobre todo al pasar a la edad adulta. El ajolote *Ambystoma mexicanum*, una salamandra mexicana, por ejemplo, pierde esta **habilidad** una vez que se produce la metamorfosis de larva a juvenil.

Los investigadores confirman que estos anfibios han **desarrollado estrategias innovadoras** para asegurar su **habilidad** de regeneración de extremidades cuando se desarrollan de larvas a adultos.

Este ejemplo pone de relieve cómo el lenguaje puede atentar contra la filosofía de la ciencia en curso... o tal vez mostrar que dicha filosofía, al menos tal como opera en manos de los investigadores —si es que son ellos quienes emplean este lenguaje— y los divulgadores de la investigación científica, está empezando a cambiar.

Acudamos al *Diccionario de la Real Academia Española* en busca del significado de los términos resaltados en negrita, no tanto porque sea necesario sino por contar, como es de ley, con el apoyo de la autoridad. La consulta sobre las dos primeras palabras nos proporciona una sorpresa: resulta que pueden utilizarse perfectamente en un contexto como el citado porque en su primera acepción *habilidad* significa ‘capacidad y disposición para algo’; y *destreza*, ‘habilidad, arte o primor con que se hace algo’.

No quisiera caer en el mismo error que atribuyo al autor o autores de las frases citadas, sean quienes sean, científicos experimentales o periodistas; el caso es que, coloquialmente, solemos asociar *habilidad* no tanto, o no solo, a lo innato cuanto a lo que puede entrenarse, es decir, lo concebimos como de algún modo sometido a la acción de la voluntad: algo como lo que pone de relieve el *hacer* que figura en la definición de destreza.

Con lo anterior me refiero al hecho de que parece que la salamandra y su primo el tritón *hacen* algo cuando pierden una pata, o un ojo, cuando resulta obvio que solamente lo *padecen*, aunque haya que atribuir en este caso connotaciones positivas al término. Las cosas quedan aún más claras cuando nos planteamos con seriedad si puede decirse que estos animales «desarrollan estrategias innovadoras», pues *estrategia*, siempre según el diccionario, significa, en primera acepción, ‘arte de dirigir las operaciones militares’, y, en segunda acepción, ‘arte, traza para dirigir un asunto’. Y creo poder asegurar algo que los autores de la investigación compartirán: que la salamandra y el tritón no tienen *arte* ni parte en este asunto.

Si en el título he afirmado, por más que entre paréntesis, que la falta de científicidad de esta redacción no tiene ningún efecto es porque sin duda todos entendemos lo que se nos quiere dar a entender y pasamos por alto la incongruencia filosófica que su enunciado asienta. Pero quizá no acaba de quedar sin trascendencia el peso inconsciente del prejuicio antropocéntrico que traduce dicho lenguaje. Quien hace lo que hace —la regeneración de una parte del cuerpo— es eso que durante mucho tiempo se llamó, de manera imprecisa sin duda, «la naturaleza» o «la vida» en una de sus manifestaciones, la salamandra; y se trata de un proceso absolutamente inconsciente, involuntario, fruto de una ley tan intrínseca que no puede exportarse —al menos no naturalmente— al resto de seres vivos, mal que nos pese a los humanos, que somos quienes damos valor positivo o negativo a las obras de la vida y antropomorfizamos —*sit venia verbo*— a sus criaturas y, lo que es peor, a ella misma.

* Catedrático de Historia de la Ciencia, Universidad Complutense de Madrid (España). Dirección para correspondencia: montiel@med.ucm.es.